

DANIEL ROZAS

APRENDER A PERDER

Fútbol, infancia y memoria

Para Marcelo y Michelle

Hablo con la autoridad que me da el fracaso.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Índice

I. El futuro abierto	11
Un lugar en la cumbre	13
El juego del hombre	19
Descender es crecer	23
La Herradura	27
Coquimbo, 1992: la mesa servida	31
El provinciano que cambió el fútbol chileno	37
El verdadero padre de la Generación Dorada	43
Mi viejo y Adriano	45
La pelota que pateé de niño no ha caído al suelo	47
La vuelta de tuerca	51
1994 y el campeonato de la U	53
4 de diciembre de 1994	59
Interludio. Matador eterno	63
II. Promesas incumplidas	69
La realidad chilena no existe	71
Vietnam en Chile	77
Colo-Colo, 1991: el primer consenso	85
Acosta ninguneado	89
La pandilla salvaje	93
Si arrugái, te echo	101
Perder la inocencia	107

El desahogo del 97	115
El último Colo-Colo	125
El banderín de Espina	135
1998: el año en que la pelota se desinfló	139
Volver	149
La redacción como cancha	157
Sobremesa de un país que ya no existe	165
 Apéndice	 179
Once láminas sueltas	181
El álbum incompleto	187
 Agradecimientos	 191

I
—

El futuro abierto

*Los santos no están en la tierra
ni menos jugando al fútbol.*

JUAN “CANDONGA” CARREÑO

Un lugar en la cumbre

Querido Daniel:

Cuando hace unos días un pillo que es entrenador de fútbol declaraba que el fracaso de la selección de Chile en Ecuador se debía a que jugábamos como colegiales —antes había usado la palabra señoritas—, traté de hacer memoria de los primeros partidos que compartimos tú y yo. Los recuerdos precisos no son nítidos, porque por esos años solo conocíamos derrotas, y por lo tanto los recuerdos tienen más que ver con las sensaciones y con nuestras conversaciones que con los resultados deportivos.

Creo que por esos tiempos el mismo majadero de marras dirigió los fracasos de la selección, y si no era él, algún discípulo que quiso pasarse de listo en Brasil. No fue fácil prevenirte en contra de estos charlatanes que venden el triunfo a cualquier precio, ni fue fácil tampoco que entendieras la belleza de la derrota y el sentido del fracaso, sobre todo porque también había que prevenirte sobre esos malos novelistas y malos cineastas que hacen y hablan de una estética de perdedores. El fútbol es ante todo un juego, y finalmente un juego hecho para disfrutar observando la habilidad, el talento y la inteligencia. El que lo rompe con un golpe o con un subterfugio reglamentario pertenece a esa clase de bellaco depredador que no respeta ni las reglas ni al adversario ni a sí mismo. Por esos años en que el gobierno militar parecía interminable, nuestros domingos en el estadio, siguiendo a un equipo

que no sabía de victorias, tenían algo de resistencia. Entre conversación y conversación, me fuiste haciendo saber que nuestra manera de mirar el fútbol nos acercaba, pero también nos alejaba de los demás, pues resultábamos molestos para aquellos que querían ganar a toda costa.

No, no vale la pena ganar a toda costa. Ni en el fútbol, ni en la política, ni en nada en la vida. Es por esto por lo que la indiferencia hacia el fanatismo patriótico que se obsesiona ridículamente por ganar y el gesto displicente de aplaudir la belleza del juego del rival resultan molestos para estos mentecatos y bribones.

Para gente sin iglesia como nosotros, el lugar donde posamos la felicidad tiene algo de sagrado, y quizás es por eso esa extraña habitualidad de sentarse siempre donde mismo. Para gente sin iglesia como nosotros, enterrar el corazón donde se ama es en cierto sentido el cementerio y la catedral. El nuestro está entre esos tablones del costado sur.

Cuando sientas que todo se derrumba y la oscuridad te consume y la soledad sea tu única compañera, aférrate a esos recuerdos de la niñez en los momentos felices en que, entre derrota y derrota, entendíamos que ganar a cualquier precio no valía la pena.

Veintitrés años después de que mi padre escribiera esa editorial para la revista *Hoy*, le respondí con un testimonio que Francisco Mouat publicó en su libro *Soy de la U*:

Ser de la U es una cuestión de fe, y como no creo en ninguna religión, mi bautizo de fuego se produjo en 1994, cuando salimos campeones en El Salvador después de un cuarto de siglo de travesía por el desierto. Tenía diecisiete años y cargaba a mis espaldas con una experiencia formativa marcada por la derrota y el descenso a los potreros de la segunda división, recortada por la sombra de la dictadura militar. Aún me veo junto a mi viejo observando los partidos de la U en segunda, recorriendo estadios de provincia en búsqueda del honor perdido; aquella sangre azul de la cual me sentía remotamente

portador, ya que mi padre había visto campeón al Ballet Azul, aunque para mí Leonel Sánchez y Carlos Campos eran figuras mitológicas, y por ende inasibles. Sin embargo, aquel sufrido equipo de la U del 89 trasuntaba un espíritu combativo que nos alejaba del relato ganador del archirrival y, de alguna forma, nos ofrecía un relato paralelo de resistencia, que consistía en apoyar a un equipo curtido por el fracaso que te desbordaba de orgullo: ese sentimiento de pertenencia que se articulaba en un desprecio visceral por el exitismo.

El texto sigue, pero me detengo aquí. Mi papá, un DC (un demócrata clave en la transición, pero muy poco cristiano), fue director de *Hoy* en los noventa y contrató a Mouat como periodista porque había trabajado en *Apsi* y era de la U. En noviembre de 1990, los tres fuimos a ver un partido de la Universidad de Chile al Santa Laura, y Pancho me dijo, a la salida del estadio, que le había llamado la atención lo callado que yo era en la cancha. Él no sabía que parte del rito dominguero con mi viejo consistía en no pintar monos mientras mirábamos los partidos. Nuestro pacto tácito era observar en silencio y analizar el juego después, en nuestra casa en Plaza Italia.

Había sábados en mi infancia que parecían hechos para el fútbol, aunque no rodara ninguna pelota en el Estadio Nacional. Empezaban en el Paseo Ahumada, cuando con mi papá caminábamos hasta el centro de Santiago, por los mañanas, rumbo al café Haití. Él siempre con paso seguro, porque conocía a todo el mundo; yo a su lado, en cambio, sintiéndome un pendejo tímido en un territorio adulto, lleno de humo y murmullos. Entrábamos al local que tenía un olor mezcla de café tostado y ropa húmeda que traía la gente en invierno. Él pedía un café; yo, una frapé de caramelo.

Me quedaba callado, con el vaso en las manos, mientras miraba de reojo, en los enormes espejos del local, a las

meseras vestidas con minifalda muy corta que me dejaban caliente, rojo y con rabia, transpirando mal. Era una rabia caliente. Los adultos hablaban fuerte, con códigos que yo no entendía, de política, de fútbol, de noticias chilenas e internacionales que me sonaban lejanas. Mi papá se reía de mi plancha. Le parecía divertido que yo no supiera dónde mirar, que bajara los ojos ante esas Yayitas chilenas pechugonas y con potos descomunales.

Después íbamos al mismo quiosco del Paseo Ahumada, casi en la esquina donde está aún el Eurocentro, en Moneda. Ahí mi papá compraba *El País* de España, y yo recibía de regalo *El Gráfico*. En esa época no había Internet ni televisión por cable. La prensa era la antena que teníamos para salir de esa isla penitenciaria llamada Chile. Para mi viejo, según me contaba, tener ese diario extranjero era un atajo político porque le daba información para escribir sus columnas y editoriales. Además, lo abstraía del ruido blanco de la conversación pública chilena, provinciana y aburrida.

Para mí, en cambio, *El Gráfico* era una experiencia estética de pura felicidad. El placer por el placer. Leía sobre partidos que nunca veía, pero recuerdo que abría la revista y viajaba con la imaginación. Julio César Pasquato, que firmaba como Juvenal, me llevaba por estadios que nunca había pisado, pero que imaginaba inmortales. Fantaseaba durante toda la semana, y después tiraba paredes en la cancha del colegio emulando a Ricardo Bochini.

Las fotos de *El Gráfico* también tenían algo de mitológico: jugadores congelados en el aire, cabezas inclinadas hacia una pelota que parecía brillar más que el sol, jugadas que parecían sueños. Imágenes tomadas con rollos fotográficos analógicos, mucho antes de los megapíxeles y las tarjetas de memoria.

En mi cabeza se armaba una película que nadie podía corregir. En esas páginas no había repeticiones ni compactos

con las mejores jugadas. Nadie me decía si el gol había sido tan espectacular como yo lo imaginaba. Era un fútbol inventado, íntimo, irrepetible. Escribe Juan Villoro: “Hay algo que antecede a toda inclinación literaria: el descubrimiento de las palabras como símbolos mágicos. De golpe, el idioma utilitario se transforma en un mecanismo de invención. Concedemos poca importancia a este rito de paso”.

En la casa de mi viejo en Plaza Italia vi la final del Mundial del 86 con él. Recuerdo el frío de la tarde, la tele apoyada sobre un mueble de vidrio que hoy parecería pequeño, y el grito que nos salió de adentro cuando Maradona levantó la Copa tras ese 3-2 a Alemania. Era, para mí, la perfección de un partido de fútbol. Lo tuvo todo. Cinco goles, épica, el dominio de Maradona y la voluntad de los alemanes en el escenario del Estadio Azteca.

Muchos años después, en 2022, volví a sentir algo parecido cuando Argentina le ganó a Francia por penales. La vi con mi amigo argentino Carlos Garriga y su hijo Diego. No creo que se los haya dicho en voz alta, pero sentí que, con el triunfo de Messi, se cerraba un círculo que había empezado con esas revistas de *El Gráfico*.

En Chile también estaba *Don Balón*. Pancho Mouat la dirigía y logró armar un equipo de lujo que, visto hoy, parece una antología de premios nacionales: Danilo Díaz, Roberto Merino, Hugo Marccone. Ellos escribían crónicas que parecían cuentos breves. Yo guardo un ejemplar del libro *Cosas del fútbol*, que Pancho me dedicó el 19 de noviembre de 1990, con una firma que para mí fue como una señal de pertenencia: alguien del mundo de los adultos del fútbol, un periodista que me hablaba a mí, el niño que leía revistas en silencio. “Para Daniel, con el pretexto de todos los libros: para que nos queramos mucho”.